

D'CASA®

SÓLO BUCEO

Alberto Friscione



BAJO EL AZUL INFINITO

Hay invitaciones que simplemente no se pueden rechazar.

La tarde transcurría con serenidad en casa cuando apareció el arquitecto Manuel Victoria, propietario de Dorado Buceo, acompañado de mi gran amigo Eduardo Saint Martin, con una propuesta imposible de ignorar: sumergirnos en los arrecifes de Puerto Morelos y descubrir, una vez más, la magia oculta del Caribe Mexicano.

Sin pensarlo demasiado, preparé mi equipo y me dirigí al muelle a la hora acordada. Al llegar a la emblemática embarcación Don Beto, la sorpresa fue aún mayor: nos acompañarán dos auténticas leyendas del buceo, Zetina Cantú y Maidel Pérez. Con semejante equipo, la aventura prometía convertirse en una experiencia memorable.

Navegamos hacia el sitio conocido como Los Jureles, una zona alejada de la costa y cercana al cantil, donde el azul profundo adquiere una intensidad hipnótica. Tras repasar cuidadosamente las reglas de seguridad, rompimos el espejo del agua para sumergirnos en un océano cristalino que parecía suspendido entre la realidad y el sueño.





La corriente era intensa, obligándonos a descender rápidamente hasta los 35 metros para refugiarnos entre pequeñas grietas del arrecife mientras aguardábamos la llegada del esperado cardumen. Pero la espera jamás fue silenciosa: el arrecife vibraba con vida.

Barracudas curiosas se acercaban con elegancia intimidante; peces globo parecían posar para las cámaras; una delicada huevo de caracol chacpel descansaba sobre una gorgonia, mientras un tunicado de colores vibrantes añadía pinceladas surrealistas al paisaje submarino. Más adelante, las morenas verdes eran cuidadosamente limpiadas por diminutos peces, y entre las formaciones coralinas descubrimos los fascinantes nudibranchios, pequeñas joyas marinas sin concha que parecían obras de arte vivientes.

Los plumeros, delicados y teatrales, se contraen al menor movimiento, desapareciendo por completo dentro de sus estrechos refugios. Cada rincón del arrecife revelaba una escena distinta, como si el mar estuviera decidido a mostrar toda su grandeza.

El tiempo, sin embargo, avanzaba con rapidez. A esa profundidad, incluso utilizando mezclas enriquecidas con oxígeno, los minutos de fondo son limitados. Los jureles aún no aparecían y el aire comenzaba a agotarse, pero el espectáculo marino seguía robándome el aliento.

Entonces ocurrió.

Manuel llamó nuestra atención señalando hacia el azul profundo. A lo lejos, una inmensa pared plateada avanzaba lentamente hacia nosotros. Permanecimos inmóviles, pegados al fondo, evitando cualquier movimiento que pudiera alterar aquel instante irrepetible.

De pronto, el océano cambió de luz.

El gigantesco cardumen de jureles pasó sobre nosotros cubriendo el cielo marino con destellos gris plata. El momento fue tan imponente como efímero; una coreografía perfecta de la naturaleza que suspendió el tiempo por unos segundos eternos.

Mientras ascendíamos lentamente hacia la superficie, comprendí que las mejores experiencias suelen llegar de manera inesperada. Entre burbujas y silencios, agradecí al mar y a mis compañeros por regalarme una inmersión inolvidable, de esas que permanecen para siempre en la memoria y en el alma.

www.solobuceo.com



SÓLO BUCEO

Alberto Friscione

D'CASA®



BENEATH THE ENDLESS BLUE

Some invitations are simply impossible to refuse.

The afternoon had been unfolding peacefully at home when architect Manuel Victoria, owner of Dorado Buceo, arrived alongside my great friend Eduardo Saint Martin with an irresistible proposal: to dive into the reefs of Puerto Morelos and once again discover the hidden magic of the Mexican Caribbean.

Without hesitation, I gathered my diving gear and headed to the dock at the agreed time. Upon arriving at the iconic vessel Don Beto, the surprise became even greater: two true legends of diving, Zetina Cantú and Maidel Pérez, would be joining us. With such an extraordinary team, the adventure already promised to become unforgettable.

We navigated toward the dive site known as Los Jureles, an area far from the coast and close to the drop-off, where the deep blue sea takes on an almost hypnotic intensity. After carefully reviewing safety procedures, we broke the mirror of the water and descended into a crystal-clear ocean suspended somewhere between reality and dream.





The current was strong, forcing us to descend quickly to 35 meters in search of shelter among small reef crevices while waiting for the long-anticipated school of jacks to appear. Yet the wait was anything but silent—the reef pulsed with life.

Curious barracudas glided nearby with intimidating elegance; pufferfish seemed to pose effortlessly for our cameras; delicate chapel snail eggs rested upon a gorgonian coral, while brightly colored tunicates added surreal brushstrokes to the underwater landscape. Further along, green moray eels were being meticulously cleaned by tiny fish, and hidden among the coral formations we discovered fascinating nudibranchs—small shell-less marine jewels that looked like living works of art.

The feather duster worms, delicate and theatrical, instantly retracted into their slender tubes at the slightest hint of movement. Every corner of the reef unveiled another breathtaking scene, as though the sea itself were determined to reveal all of its grandeur.

Time, however, moves quickly underwater. At that depth, even using oxygen-enriched air mixtures, bottom time remains limited. The jacks had yet to appear, and our air supply was slowly diminishing, yet the marine spectacle continued

to leave me breathless.

Then it happened.

Manuel caught our attention, pointing toward the deep blue. In the distance, an immense silver wall slowly moved toward us. We remained perfectly still against the ocean floor, careful not to disturb the fragile perfection of the moment.

Suddenly, the ocean changed light.

The massive school of jacks swept above us, covering the underwater sky with shimmering silver flashes. It was a moment both overwhelming and fleeting—a perfect choreography of nature that seemed to suspend time itself.

As we slowly ascended toward the surface, I realized that the greatest experiences often arrive unexpectedly. Surrounded by silence and rising bubbles, I felt deeply grateful to the sea and to my companions for gifting me an unforgettable dive—one of those rare moments that remains forever etched in both memory and soul.

www.solobuceo.com

